

XXVIII

Como saliesen un poco mas aprisa de lo justo, abriendo con ímpetu la puerta, estuvieron á punto de aplastar entre hoja y pared la nariz del Gallo, el cual, sin género de duda, atisbaba. Al impensado portazo, lejos de enfadarse, sonrió con dignidad y afabilidad, murmurando no sé qué fórmulas de cortesía: su gran civilización le obligaba á mostrarse atento con las personas que visitaban su domicilio. Pero Gabriel y Perucho cruzaron por delante de él como sombras chinescas, y no le hicieron maldito el caso. Lo cual, unido á otros singulares incidentes, la ira de Gabriel, su afán por encontrar á Perucho, lo extraño de la entrevista, la encerrona, le puso en alarma y despertó su aguda suspicacia labriega. Rascóse primero detrás de la oreja, luego al través de las patillas, y estas operaciones le ayudaron eficazmente á deliberar y á dar, desde luego, no muy lejos del hito.

Al entrar Perucho y Gabriel en la habitación de éste se encontraron á obscuras: el montañés rascó un fósforo contra el pantalón, y encendió la bugía; el artillero acudió á echar la llave, prevención contra importunos y curiosos. Para mayor seguridad, acercóse á la ventana, bastante desviada de la puerta. Ninguno de los dos

pensó en sentarse. Recostado en la pared, con la izquierda metida en el seno, al modo de los oradores cuando reposan, el brazo derecho caído á lo largo del muslo, una pierna extendida y firme y otra cruzada y apoyada en la punta del pié, Perucho aguardaba, animoso y resuelto, como el que no ha de transigir ni renunciar por más que hagan y digan. Con las manos en los bolsillos de la cazadora, la cabeza caída sobre el pecho y meneándola un poco de arriba abajo, los labios plegados, arrugada la frente, Gabriel Pardo se paseaba indeciso, tres pasitos arriba, tres abajo. Al fin hizo un movimiento de hombros, como diciendo, "pecho al agua", y, súbitamente, se enderezó, encaróse con el montañés y articuló lo que sigue:

—Vamos claros... ¿V. sabe ó no sabe que es hermano de Manuela?

Si asestó la puñalada contando con los efectos de su rapidez, no le salió el cálculo fallido. El montañés abrió los brazos, la boca, los ojos, todas las puertas por donde pueden entrar el estupor y el espanto; enarcó las cejas, ensanchó la nariz... fué, por breves momentos, una estatua clásica; el escultor que allí se encontrase lamentaría, de fijo, que estuviese vestido el modelo. Y sin lanzar la exclamación que ya se asomaba á los labios, poco á poco mudó de aspecto, se hizo atrás, bajó los ojos, y se vió claramente en su fisonomía el paso del tropel de ideas que se agolpan de improviso á un cerebro, la asociación de reminiscencias que, unidas de súbito en luminoso haz, extirpan una ignorancia

inveterada; la revelación, en suma, la tremenda revelación, la que el enamorado, el esposo, el creyente, el padre convencido de la virtud de la adorada hija, se resisten, se niegan á recibir, hasta que les cae encima, contundente, brutal y mortífera, como un mazazo en el cráneo.

—¡No!—balbuceó en ronca voz.—No. ¡Jesús, Señor, no, no puede ser... V...., vamos á ver... ¿ha venido aquí para volverme loco? ¿Eh? ¡Pues diviértase... en otra cosa! Yo... no quiero lo-quear... ¡No se divierta conmigo! ¡Jesús... ay Dios!

Llevóse ambas manos á los rizos, y los mesó con repentino frenesí, con uno de esos ademanes primitivos que suele tener la mujer del pueblo á vista del cuerpo muerto de su hijo. Al mismo tiempo quebrantaba un gemido doloroso entre los apretados dientes. Rehaciéndose á poco, se cruzó de brazos y anduvo hacia Gabriel, retándole.

—Mire V.: á mí no me venga V. con trapiondas... V. ha entrado aquí traído por el diablo, para engañarme y engañar á todo el mundo... Eso es mentira, mentira, mentira, aunque lo jure el Espíritu Santo... Malas lenguas, lenguas de escorpión, inventaron esa maldad, porque... porque nació sirviendo mi madre en esta casa... Pero no puede ser... ¡Madre mía del Corpiño! No puede ser... ¡No puede ser! Por el alma de quien tiene en el otro mundo, señor de Pardo... no me mate, confiésemme que mintió... para quitarme á Manola!...

Gabriel se acercó al bastardo de Ulloa y logró

apoyarle la mano en el hombro; después le miró de hito en hito, poniendo en los ojos y en la expresión de la cara el alma desnuda.

—La mitad de mi vida daría yo—dijo con inmensa nobleza—por tener la seguridad de que en sus venas de V. no corre una gota de la sangre de Moscoso. Créame... ¿No me cree V.? Sí, lo estoy viendo; me cree V.... Pues escuche: si V. fuese hijo del mayordomo de los Pazos... yo, Gabriel Pardo de la Lage, que soy... ¡qué diablos! ¡un hombre de bien!... me comprometía á casarlo á V. con mi sobrina. Porque he visto lo que V. la quiere... y porque... porque sería lo mejor para todos. ¿Cree V. esto que le aseguro?

Sin fuerzas para contestar, el montañés hizo con la cabeza una señal de aquiescencia. Gabriel prosiguió:

—No solamente mi cuñado le tiene á V. por hijo suyo, sino que le quiere entrañablemente, todo cuanto él es capaz de querer... más que á Manuela, ¡cien veces más!, y hoy, si se descuida, delante de todos los majadores le llama á V.... lo que V. es. Su propósito es reconocerle, y después de reconocido, dejarle de sus bienes lo más que pueda... Su padrastro de V. lo sabe; su madre... ¡figúrese V.! y... ¡es inconcebible que no haya llegado á conocimiento de V. jamás!

—¡Me lo tienen dicho, me lo tienen dicho las mujeres en la feria y los estudiantes en Orense!... Pero pensé que era guasa, por reirse de mí, y porque el... padrino... me daba carrera... ¡Estuve ciego, ciego! ¡Ay Dios mío, qué desdicha, qué desdicha tan grande! ¡Lo que me su-

cede... lo que me sucede! ¡Pobre, infeliz Manola!

Gimió esto, cubriendo y abofeteando á la vez el rostro con las palmas; y á pasos inciertos, como los que se dan en el primer período de la embriaguez, se dejó caer de bruces, borracho de dolor, sobre la cama de Gabriel Pardo, cuya colcha mordió, revolcando en ella la cara. Gabriel acudió y le obligó á levantarse, luchando á brazo partido con aquella desesperación juvenil que no quería consuelo.

—Vamos, serénese V... ¿Qué hace V., qué remedia con ponerse así? Serenidad... un poco de reflexión... Venga V., criatura; venga á sentarse en el sofá... ¡Calma..., calma! Con esos extremos lo echa V. más á perder. Venga V.... ¡Respire un poco!

En el sofá, donde le sentó medio por fuerza, Perucho volvió á dejar caer la cabeza sobre los brazos y á esconder la cara, con el mismo movimiento de fiera montés herida, que sólo aspira á agonizar sola y oculta. Balanceaba el cuello como los niños obstinados en una perreira nerviosa, que ya les tiene incapaces de ver, de oír ni de atender á las caricias que les hacen.

—Sosiéguese V.—repetía el artillero.—¿Quiere V. un sorbo de agua? Ea, ánimo: ¡qué vergüenza! Sea V. hombre.

Se volvió rugiendo.

—Soy hombre, aunque parezco chiquillo... Hombre para cualquiera, ¡repuño! Pero soy el hombre más infeliz, más infeliz que hay bajo la capa del cielo.. y un infame..., sí, un infame.

el infame de los infames... Hoy mismo, hoy—y se retorció las manos—he perdido á... á una santa de Dios, á Manola, *malpocado*... Debían quemarme como la Inquisición á las brujas... Que no quemase á la condenada que nos eche esta mañana la paulina... y nos hizo mal de ojo, ¡por fuerza! Maldito de mí, maldito... Pero qué más casti...

Al desventurado se le rompió la voz en un sollozo, y dejándose ir al empuje del dolor, se recostó en el pecho de Gabriel Pardo, abriendo camino al llanto impetuoso, el llanto de las primeras penas graves de la vida—lágrimas de que tan avaros son después los ojos, y que, torciendo su cauce, van á caer, vueltas gotas de hiel, sobre el corazón. Movido de infinita piedad, Gabriel instintivamente le alisó los bucles de crespada seda. Así los dos, remedaban el tierno grupo de la última cena de Jesús; y en aquel hermoso rostro, cercado de rizos castaño obscuro, un pintor encontraría acabado modelo para la cabeza del discípulo amado.

—Que lllore, que lllore... Le conviene.

Casi agotado el llanto, agitaba los labios y la barbilla del montañés temblor nervioso, y un ¡ay! entrecortado y plañidero, del todo infantil, infundía á Gabriel tentaciones de estrecharle y acariciarle como á un niño pequeño. Perucho se levantó con ímpetu, y se metió los puños en los ojos para secar el llanto, dominando el hipo del sollozo con ancha aspiración de aire. Pardo le cogió, le sujetó, temeroso de algún acceso de rabia.

—No se asuste... Déjeme... ¿Por qué me sujeta? Me deje, digo. ¡También es fuerte cosa! ¡Le matan á uno, y luego ni le dejan menearse!

—¿Es que quiere V. matar... por su parte... á Manuela? ¿Eh? ¿Se trata de eso? Le leo á V. en la cara... ¡y le sujeto para que no dé la última mano al asunto! Cuidado me llamo... ¡Manuela no ha de saber ni esto! ¿Eh, no se hace V. cargo de que tengo razón?

—Sí; sí, señor; razón en todo... Que no lo sepa, no... ¡Así no se le llevarán los demonios como á mí!

—No se entregue V. á la desesperación... La desgracia que aflige á V... ¡que nos aflige á todos!, es enorme...; pero todavía hay algo que, bien mirado, le puede á V. servir de consuelo.

—¿Algo? ¿Qué algo?—preguntó con ansia el mozo, agarrándose al clavo ardiendo de la esperanza.

—Que no hay por parte de V. tal infamia, sino impremeditación, locura, desatino, ¡infamia no! V. tiene el alma derecha; aquí lo que está torcido son los acontecimientos... y la intención de ciertas gentes... Otros son los criminales; V. sólo ha delinquido porque la sangre moza... En fin, al caso. (Queriendo estrecharle afectuosamente la mano; pero el montañés la retira con violencia.) Sí; comprendo que no le soy á V. demasiado simpático; en cambio, V. á mí me ha interesado por completo... Acepte V. ahora mis consejos; demasiado conoce que me animan buenas intenciones. ¡Ea, valor! A lo hecho, pecho: no hay poder que deshaga

lo que ya ha sucedido; á remediar en lo posible el daño... A eso estamos y eso es lo único que importa... ¡Escuche, hombre! V. se tiene que marchar inmediatamente de esta casa... y no volver en mucho tiempo, al menos mientras que Manuela no... no cambie de situación ó... ¡En fin, mucho tiempo! A estudiar á Barcelona ó á Madrid... Yo le proporcionaré á V. fondos... colocación... Todo cuanto le haga falta.

Un quejido de agonía alzó el pecho del montañés.

—Reflexione V. bien; mire la cuestión por todos sus aspectos: hay que marcharse.

—¿No volveré ya en mi vida á ver á Manuela?—gimió el mozo, cayendo en el sofá é hincándose las uñas en la cabeza.—Pues entonces, al Avieiro, que es bien hondo... Así como así, tendré mi merecido.

—Vamos... ¡que estoy apelando á su razón de V.! No me responda con delirios... ¿No ha dicho V. allá cuando empezamos á reñir (Gabriel se sonrió) que Dios está en el cielo y nos oye? ¿Cree V. lo que dijo? ¿Lo cree?

—¿Soy algún perro para no creer en Dios?

—Pues... si hay Dios... y si V. cree en él... ¡mire que le está ofendiendo!

Perucho asió de una muñeca á Gabriel, y se la oprimió con toda su fuerza, que no era poca; y acercándole mucho la cara, gritó:

—Pues si no hubiese Dios... ¡lo que es á Manola... soltar no la suelto!

Buena pieza se quedó el comandante Pardo sin saber qué contestar, dominado, vencido. En

la encarnizada batalla llevaba, desde el principio, la peor parte; y lo extraño es que la derrota moral que sufría, conocida de él solamente, le ocasionaba íntimo placer, y le apegaba cada vez más al antes detestado bastardo de Ulloa.

Viendo callado á Gabriel, Perucho alentó un poco, y en tono de súplica humilde, murmuró:

—Me iré, me iré...; haré cuanto me manden, y si quieren me meteré en el seminario de Santiago y seré cura... cualquier cosa...; pero respóndame, señor; dígame la verdad... ¿Se va V. á casar con Manola cuando... después que... falte yo?

Gabriel alzó la vista y le miró cara á cara. Tardó bastante, bastante en responder: sus ojos brillaron, adquirió su fisonomía aquella expresión elevada y generosa que era su única hermosura, y respondió serenamente:

—Yo no le he de salvar á V. mintiéndole... Hoy más que nunca estoy dispuesto á casarme con mi sobrina... No rechine V. los dientes, no se enfurezca, por todos los santos..., ¡oiga, oiga! Cuando ella, por su voluntad, sin imposiciones de ningún género, porque me cobre cariño ó... porque necesite mi protección en cualquier terreno y por cualquier causa, se resuelva á casarse conmigo... yo estoy aquí; cuanto soy y valgo, de ella es... Pero jamás, ¡jamás!, si ella no quiere... Y ella no querrá—fuese V. en mí, que tengo experiencia—ni en mucho tiempo, ni tal vez en su vida... Es aún

más montañesa y más porfiada que V... Sobre todo, ¡como no le hemos de soltar el tiro de decirle lo que hay de por medio! Eso sí, V. tiene el deber de procurar... ¡con resolución, con heroísmo! que ella le olvide, que ella no piense en V... sino como se piensa en el compañero querido de la niñez... ¡Nada más! V. se va, V. le escribe algo al principio... cariñosamente... pero... con cariño... fraternal... Luego escasean las cartas... Luego cesan... Luego... ¡se echa V. novia, novia!, y ella lo averigua... Si es verdad que V. quiere á Manuela, V. hará todo eso... ¡y mucho más!

El montañés tenía los párpados entornados, la mirada vagabunda por los rincones del aposento, repasando, probablemente sin verlas, las molduras barrocas de la cama, las pinturas del biombo, los remates de época del Imperio que lucía el vetusto sofá. Cuando acabó de hablar Gabriel, sus pupilas destellaron, hizo con la mano derecha ese movimiento de sube y baja que dice clarísimamente:—Plazo... aguardar... —y se dirigió á la puerta. Pero Gabriel saltó y se interpuso, estorbándole la salida.

—No se pasa... (en tono más cariñoso y festivo que otra cosa).

—Haga V. favor... Si por lo visto V. está para bromas, yo no, y sentiría cometer una barbaridad.

—En serio (con mucha energía), no le dejo á V. pasar sin que me diga á dónde. De evitarle la barbaridad se trata.

—Bueno, pues sépalo; tanto me da que lo

sepa, y si le parece mal... (gesto grosero). No me da la gana de creer, por su honrada palabra de V., que Manola y yo... En fin, V. quiere á Manola... yo le estorbo... le viene de perillas que me largue... y como no soy ningún páparo... ¿eh? no me mete V. el dedo en la boca... Voy á la fuente limpia... ¡á saber la verdad, la verdad!

—¿Cómo, cómo? ¿A quién se la va V. á preguntar? ¡Cuidado... á mi sobrina nada!

—¡Eh!... ¿Si pensará V. que ha de tener más miramientos que yo con Manola? ¡Repuño, que ya me cargó á mí esto! ¡La verdad se la voy á sacar de las mismísimas entrañas á Don Pedro Moscoso... y apartarse, y dejarme de una vez!

Ciñó los brazos al cuerpo del artillero, y de un empujón lo lanzó á dos varas de distancia. Luego se precipitó hacia fuera.

XXIX

MUCHAS veces bajaba el marqués de Ulloa á la científica tertulia de su cocina, sobre todo en invierno, cuando los vastos salones estaban convertidos en una nevera, y el *lar* con su alegre chisporroteo convidaba á acurrucarse en el banquillo del rincón y dormir al arrullo de las discusiones. En verano, y habiendo labores agrícolas emprendidas, prefería Don Pedro el corro al aire libre de los jornaleros

y jornaleras, donde se comentaban verbosamente los mínimos incidentes del día, el peso y el color de la espiga, el grueso de la paja. Y en todas estaciones, podía asegurarse que el hidalgo, á las diez y media, estaba retirado ya en su dormitorio.

No lo había escogido como necio: era una habitación contigua al archivo, y aunque no de las mayores de la casa, abrigada del frío y del calor por lo grueso de las paredes. Parecía un nido de urraca: tal revoltillo de cachivaches había en ella. Olía allí á perro de caza, y á ese otro tufillo llamado de *hombre*, siendo cosa segura que no lo despide ningún hombre aseado, y sí el tabaco frío, la ropa mal cuidada y el rancio sudor. Escopetas, morrales, polainas raídas, sombreros de distintas formas y materias, bastones, garrotes, cachiporras, calabazas, frascos de pólvora, mugrientos collares de cascabeles, espigas enormes de maíz, conservadas por su tamaño, chaquetones de somonte, pantalones con perneras de cuero, yacían amontonados por los rincones, cubiertos con una capa de polvo, sobre la cual era factible, no sólo escribir con el dedo, sino hasta grabar en hueco con buen realce. Unico mueble serio de la habitación, la cama, de testero salomónico y fondo de red, y la vasta mesa-escritorio, forrada por delante de un cuero de Córdoba que lucía los encantadores tonos pasados y mates del oro, la plata, los rojos y los azules que suelen prevalecer en tan hermoso producto de la industria nacional. En el centro, sobre un

medallón de damasco carmesi rodeado de orlas de oro, estaba pintado el montés blasón de los Moscosos, las cabezas del lobo, el pino y la puente. Al hidalgo le servía la mesa para toda clase de menesteres y usos. Allí picaba tabaco y liaba cigarrillos; allí amontonaba su escasa correspondencia, haciendo oficio de prensapapeles una pistola de arzón inservible; allí tenía libros de cuentas que no consultaba jamás, así como mazos de plumas de ganso y otras de acero comidas de orín, al lado de una resma de papel sucio por las orillas ya, aunque su virginidad estuviese intacta; allí rodaba la cajita de píldoras contra el estreñimiento y el cajón de ricos habanos, el rollo de bramante y la navaja mohosa; y cuando venía el tiempo de las perdicés y Don Pedro intentaba reverdecer sus lauros cinegéticos, allí se cargaban á mano los cartuchos y allí se limpiaban y atersaban á fuerza de gamuza y aceite las mortíferas armas.

Mientras Gabriel y Perucho discutían cosas hartas graves en la estancia próxima, el hidalgo, recogido ya á la suya, entreteníase en contar las rayitas que durante la jornada había hecho en una caña con el cortaplumas. Cada rayita representaba una gavilla de trigo, y con este procedimiento sabía á punto fijo la cantidad de gavillas majadas. Abierta estaba la ventana, á causa del mucho calor, y por ella entraban las falenas enamoradas de la luz á girar dementes sobre el tubo del quinqué: alguna vez un murciélago negro y fatídico venía, revoloteando

torpemente, á caer sobre la mesa ó á batir contra un rincón del cuarto. En el cielo asomaba ya la luna, triste é indiferente.

La puerta se abrió con fragor y estruendo; el hidalgo soltó su caña y miró... Casi en el mismo instante se deslizaba en el corredor una sombra, un hombre que no hacía ruido al andar, por la plausible razón de que llevaba los pies descalzos. Una de las cosas mejor montadas en las aldeas—con mayor perfección que en los palacios, ó con mayor descaro por lo menos—es el espionaje, y difícilmente hará un señor que vive rodeado de labriegos cosa que ellos no olfateen y atisben, siempre que el atisbarla convenga á sus miras ó importe á su curiosidad. Este dato se refiere, sobre todo, al campesino de Galicia. Bajo el aspecto soñoliento y las trazas cariñosas y humildes del aldeano gallego, se esconde una trastienda, una penetración y una diplomacia incomparables, pudiéndose decir de él que siente crecer la hierba y corta un pelo en el aire, si no tan aprisa, quizá con mayor destreza que el gitano más ladino. A la perspicacia une la tenacidad y la paciencia; y si tuviese también la energía y el arranque, de cierto no habría raza como esta en el mundo. En suma: lo que el gallego se empeña en saber, lo rastrea mejor que el zorro rastrea el ave descarriada. Primero se dejaría nuestro Gallo arrancar la cresta y la cola, que renunciaría á pegar el oído á la puerta de los señores aquella noche memorable. Resignándose á la ignominia de la descalcez, rondó el cuarto del comandante;

pero, ¡oh dolor!, nada se oía: el salón era extenso, y Gabriel precavido en cerrar y situarse. Ahora la cosa mudaba de aspecto: el dormitorio del marqués era chico, y allí sí que no se diría palabra que se le escapase al Gallo.

Una sola inquietud: ¿no saldría el comandante á cogerle con las manos en la masa? Se arremió á la puerta de Gabriel y le oyó pasear arriba y abajo, con paso acelerado, indicio de agitación...—¡No sale!, dedujo el sultán: ¡guarda ahí por el otro!—Así era, en efecto: Gabriel no quería meter la mano entre la cuña y la madera, y esperaba impaciente, pero esperaba.—Mis atribuciones no llegan á tanto... decía para sí: allá se las hayan padre é hijo... Que se desengañe, que se convenza... Ya veremos después.

Tranquilo por esa parte el sultán, volvió al observatorio. Algo le estorbaba una vieja mampara, que, reforzando la puerta, apagaba el ruido de las voces. Con todo, las más altas le llegaban bien distintas, y él no necesitaba otra cosa para coger el hilo del diálogo.

Acalorado, muy acalorado... Perucho preguntaba y el señor de Ulloa daba explicaciones en tono brusco, á manera de persona que confirma una verdad sabida y conocida hace tiempo... ¡Calle! Aquí empieza el asombro del Gallo... el mocoso del rapaz, en vez de alegrarse, se pone como un potro bravo... ¡Un genio tan *maino* como gasta siempre, y ahora qué *fantasia!* ¡Dios nos libre! Está diciéndole trescientas al señor... Si éste lo toma por malas, se va á ar-

mar la de *saquinte*... Le echa en cara que no lo reconoció desde pequeñito... ¡Se insolenta! Hoy hay aquí un terremoto... El señor... no se oye cuasimente... de indinado que está, parece que le sale la voz de dentro de una olla... ¿Y el rapaz? Ese berra bien... ¡ay lo que está diciendo!... Que se va y que se va y que se va de esta casa arrenegada... Que se larga aunque tenga que pedir limosna por el mundo adelante... Que mas que se esté muriendo el señor y lo llame para cerrarle los ojos, no viene, sino que lo amarren con cordeles y lo traigan así codo con codo atado... Que se cisca en lo que le deje por testamento, y que no quiere de él ni la hostia... Ojo... habla el señor... ¡No se oye miga!... Todo lo entrapalla con toser y con la rabia que tiene... ¡El rapaz!... Que bueno, que si le mandan la Guardia civil para traerlo acá de pareja en pareja, que vendrá á la fuerza, pero que se ahorcará con la faja ó se tirará al Avieiro... Que de lo que gane trabajando le ha de enviar el dinero que gastó con él, y que después no le debe nada, y ya le puede aborrecer á su gusto... Ahora el señor alborota... Que no le tiente, que conforme lo hizo también lo deshace... que le tira á la cabeza un demonio... Que maldito y condenado sea... ¡Arre!

Esta última exclamación la lanzó para sí el Gallo, porque estuvo á punto de ser aplastado segunda vez por la puerta, que el montañés empujó furioso para salir, al mismo tiempo que voceaba, volviendo el rostro hacia el interior del cuarto: